**El baile estratégico de Putin**

 **Claudia Luna Palencia**

Entre Moscú y Berlín, la lejanía terrestre es de 1 mil 818.7 kilómetros pasando por Bielorrusia y Polonia, aunque el tren nocturno desde la capital alemana pone al viajero en la estación Belorussky en veinte horas de travesía.

 En los tiempos recientes, a la insalvable holgura geográfica entre ambos países, se ha sumado un gélido distanciamiento acentuado durante la era del presidente estadunidense Barack Obama que fue creciendo en la medida que avanzaban sus ocho años al frente de la Casa Blanca y acercaba su posicionamiento con la canciller germana Angela Merkel. Hoy en día grandes amigos.

 Semirotos los hilos de comunicación y ante la diplomacia volátil imperante, Merkel en su cuarto período de gobierno busca un entendimiento con el presidente ruso, Vladimir Putin, que también transita en su cuarto período de mandato. La pretensión es zurcir los canales de reconciliación.

 El pasado 18 de agosto marcó un significativo reinicio: el líder del Kremlin asistió a una boda en Estiria, Austria y aunque no bailó el Danubio Azul sí corrió la cortesía con Karin Kneissl, la ministra de Asuntos Exteriores, que lo invitó cordialmente a su enlace privado.

 Putin mantiene excelentes relaciones con Austria, no únicamente con la ultraderechista Kneissl conocida euroescéptica y eurófoba miembro del Partido de la Libertad también ha congeniado bastante con el primer ministro austriaco Sebastián Kurz, militante del Partido Popular Austríaco.

 Después del convite al que llegó con un coro de cosacos -como regalo para los novios-, se trasladó a Alemania al castillo de Scloss Meseberg (a 40 minutos de Berlín) para reunirse con frau Merkel quien lo recibió vestida de verde esperanza.

 Putin no había estado en Alemania en una reunión bilateral en el último cuatrienio y desde 2010, un presidente ruso no había pisado Meseberg después de la visita de Dimitri Medvedev. El contexto de las relaciones mutuas no había hecho más que empeorar.

Con una nueva comparsa en la aldea global, el dignatario ruso compone meticulosamente su propia melodía intentando reorganizar las relaciones geopolíticas de Rusia maltrechas desde 2014 con la Unión Europea (UE) tras la anexión de Crimea y la ciudad de Sebastopol que el mandatario eslavo defiende como un referéndum legal “donde la mayoría votó abrumadoramente” por reintegrarse a la Madre Patria.

Aunque ya en 2008 la ex república soviética de Georgia perdió la región de Osetia del Sur y Abjasia en un conflicto bélico con Rusia, una confrontación de cinco días que dejó 1 mil 700 muertos; en aquel año, Putin ejercía como primer ministro. Ahora muchos lo tildan del nuevo “zar” tanto al interior como al exterior del país euroasiático.

Si lo de Georgia ha dejado una estela de denuncias ante el Tribunal Europeo de Derechos Humanos de Estrasburgo como la presentada recientemente “por la violación de los derechos de georgianos en las repúblicas secesionistas de Abjasia y Osetia del Sur”; la anexión de Crimea ha dejado secuelas económicas contra la economía rusa.

 Avaladas por la ONU, desde marzo de 2014, a las sanciones se sumaron EU por la violación de la soberanía ucraniana y en junio pasado el Consejo Europeo anunció que no levantará las sanciones económicas prorrogándolas por un año más para malestar del Kremlin.

De igual forma, tanto la UE como la OTAN, han abrazado a Ucrania y a otras naciones pequeñas de Europa del Este que alguna vez formaron parte de la URSS, así como del bloque socialista, las han acogido bajo su protección atemorizadas porque Putin se las quiere anexionar.

La URSS era un país de tamaño continental que compartía fronteras con doce países: seis de ellos en Europa y otro seis en Asia; en 1991, previo a su disolución tenía de repúblicas autónomas a Azerbaiyán, Georgia, Rusia, Ucrania y Uzbekistán.

Después se dividió en quince nuevos países: en el Báltico, Estonia, Letonia y Lituania; en Asia Central, Kazajistán, Kirguistán, Uzbekistán, Tayikistán y Turkmenistán; en el Cáucaso, Georgia, Armenia, Azerbaiyán; en Europa Oriental, Bielorrusia, Ucrania y Moldavia; y en Eurasia, Rusia.

 Algunos observadores internacionales creen que Putin suspira con nostalgia por recuperar los años dorados de la extinta URSS, no nada más territorialmente hablando, sino también económica, política y militarmente.

**UNA AGENDA PARA REPOSICIONARSE**

El PIB ruso comenzó a desinflarse con las presiones externas, y ahora tiene una nueva tanda de sanciones impuestas por el Tesoro estadunidense como protesta por el caso del ex espía ruso Serguéi Skripal y su hija Yulia envenenados con Novichok, una potente sustancia neurodegenerativa que provoca la muerte y que “alguien” introdujo en suelo inglés.

“Si siguen así las cosas como la prohibición de tal o cual banco o de la utilización de tal o cual moneda, habrá que llamar las cosas por su nombre: una declaración de guerra económica”, advirtió el primer ministro Medvedev.

Un caso en el que Londres señala directamente a los servicios secretos rusos como culpables, de hecho, el nuevo ministro de Exteriores británico, Jeremy Hunt, ha dicho públicamente que la UE debería alinearse con la EU para imponer sanciones más exhaustivas contra Rusia.

Ya la Casa Blanca ha dado de plazo tres meses a Moscú para que una delegación de la ONU pueda inspeccionarla a fin de dar fe de que no serán usadas más armas químicas. Si no cumple… habrá sanciones más severas.

Desde enero de 2017, en la nueva era Trump, EU ha impuesto sanciones a 217 empresarios, funcionarios y compañías privadas y estatales de Rusia así como 14 instituciones de crédito y 20 empresas relacionadas con la energía.

Para Putin, en su opinión, el culpable de los roces es el establishment norteamericano: "No se trata de la posición del presidente de EU sino de la posición del llamado establishment, la clase gobernante en el sentido amplio de la palabra. Espero que al final nuestros colegas tomen conciencia de que esa política no tiene futuro y que empecemos a cooperar con normalidad", declaró el mandamás ruso ante la prensa de su país.

Hay un apretón de tuercas por todos los sitios. Simplemente afectada por las sanciones impuestas desde 2014, la evolución de la economía rusa ha ido de más a menos: en 2011 creció 4.3%; en 2012, 3.4%; en 2013, 1.3%; el año de la entrada en vigor de las sanciones la economía creció marginalmente un 0.7% y después cayó un 3.7% en 2015 y para 2016, bajó un 0.2% y finalmente en 2017 se recuperó un 1.8 por ciento.

**ALEMANIA PICAPORTE DE LA UE**

La tirante relación de amor y odio entre europeos y rusos quedó patente tras la caída del muro de Berlín (1989), el derrumbe del bloque soviético, la herida sangrante del comunismo -como entidad ideológica- entre una comunidad de países que terminaron finalmente escindidos del poder soviético… Europa del Este dejó de ser parte de la cortina de hierro.

 Empero, desde el arribo de Putin al frente de la Presidencia de Rusia, soplan vientos de recuperación del protagonismo de antaño en la arena internacional reforzando su rol geopolítico, su actividad geoeconómica y desde luego, pretendiendo retomar el peso específico de su territorio.

 Y Europa, en consecuencia, le tiene enormes recelos al sagaz ex agente de la KGB. Asimismo ve con muy malos ojos las intromisiones rusas en la política europea, no nada más Reino Unido se ha quejado –varias veces- de detectar a cazas rusos en su espacio aéreo haciendo fotos de su territorio sino también de embarcaciones militares rusas merodeando en sus aguas.

Hay acusaciones de interferencias de hackers rusos en varios procesos electorales en diversos países en los últimos dos años para alterar la convivencia política a fin de debilitarlos democráticamente.

La semana pasada, Nathaniel Gleicher, director de Seguridad Cibernética de Facebook, anunció que eliminaron una amplia serie de páginas organizadas por Rusia e Irán.

"Eliminamos 652 páginas, grupos y cuentas por comportamientos no auténticos dirigidos a través de múltiples servicios de Internet en Oriente Medio, Latinoamérica, Reino Unido y EU”, denunció Gleicher.

 La UE les acusa de injerencistas pero el Kremlin lo niega, y aunque se lo reprochan los europeos, al mismo tiempo necesitan a Rusia energéticamente hablando.

 Para el senador estadunidense Ben Cardin, la dependencia energética de los países europeos hacia Rusia es “una amenaza” en todos los sentidos que deberían atajar.

 “Si dependes de la energía rusa y los rusos quieren realizar alguna actividad ilegal, ilícita o injerencista simplemente están bajo su influencia. Lo que sabemos es que han intentado influir en 19 estados europeos”, afirmó la cabeza de los demócratas en el Senado norteamericano.

Hasta Trump se lo reprochó con denuedo a la canciller Merkel, tal y como aconteció en la reunión de la OTAN, cuando soltó a bocajarro que “Alemania es prisionera de Rusia por su dependencia energética”.

Aunque en realidad se trata de toda Europa que obtiene el 30% de sus importaciones de gas al precio de unos 250 mil millones de dólares de factura energética anual pagada a las empresas rusas.

Según la Oficina Europea de Estadística (Eurostat) más de la mitad –el 54%-, del consumo interior bruto de energía de la UE es energía importada; de los rusos además del gas le importan: el 25.8% de los combustibles sólidos y el 27.7% del petróleo.

Tampoco es la primera vez que en medio de la escalada de tensiones entre la UE y Rusia, se han recibido amenazas de cortar el suministro ruso en pleno invierno cuando las duras condiciones climáticas obligan a tener encendida la calefacción en los hogares, los edificios privados y las oficinas públicas, cada año, al menos entre seis y siete meses.

Hasta el momento no lo ha hecho, sin embargo, casi duplicó el costo del suministro gasístico a Europa, de un precio de 268.5 dólares a 485 dólares por cada mil metros cúbicos.

El baile de poder de Putin en el traspatio europeo ha pasado además por presionar con cortar todo suministro vía Ucrania y usar únicamente el canal del Nord Stream, un gasoducto desde Vyborg, en Rusia, hasta Greifswald en Alemania.

 A Ucrania le preocupa muchísimo porque dejaría de recibir ingresos por su papel de tránsito y el resto de Europa ve con recelo el papel de Alemania con los rusos sobre todo porque la mayoría sostienen el repudio a Putin por la anexión de Crimea.

En Helsinki, el líder ruso aclaró que Rusia no cesará el tránsito del gas ruso por Ucrania: “Estamos dispuestos a prolongar el contrato de tránsito que expira el año próximo si el contencioso entre las partes comerciales es regulado por la Corte de Arbitraje de Estocolmo”, subrayó Putin.

Toda esta mescolanza de problemas bien podrían cambiar si avanza la alianza con Merkel, un acercamiento propiciado porque el presidente estadunidense ha dejado de ser un socio confiable para buena parte de los dignatarios europeos considerado además voluble, grotesco y manipulador; y no cesa de atacar a la lideresa.

Putin ha visto la oportunidad: la cita bilateral con Merkel ha servido para conjurarse por Siria y Ucrania, dos focos rojos de inestabilidad en los que se han puesto de acuerdo para reflotarlos.

 Para Siria, la idea es concluir la pacificación y contribuir a su reconstrucción, a fin de facilitar lo más rápidamente posible el retorno de los refugiados sirios a su maltrecha nación; Putin dio las cifras precisas: un millón de refugiados en Jordania, el mismo número en Líbano y 3 millones más en Turquía.

 Merkel enfrenta una enorme presión interna por el tema de los refugiados sirios, uno de sus puntos flacos, que pretende sacudirse lo más pronto posible para mantener la coalición de gobierno.

 Para Ucrania, en lo que Merkel y Putin coincidieron es en normalizar las relaciones vía los Acuerdos de Minsk ya firmados, pero estancados a la fecha, entre Rusia y Ucrania.

 En esencia, si alguien ha hecho posible que dos polos opuestos se reúnan y busquen entenderse es precisamente el presidente Trump, su errático comportamiento geopolítico y su violento lenguaje con Alemania y el resto de los tradicionales aliados europeos ha hecho que Rusia se convierta en el otro pilar de la aldea global.

No obstante, son relaciones de conveniencia: Putin quiere regresar al vals del G7 y que le quiten las sanciones económicas… la vuelta a la normalidad; y Merkel, busca consensos para pacificar Siria y sacar a los refugiados rápidamente de vuelta a su nación y desde luego está el colosal proyecto el Nord Stream 2, el segundo gasoducto, que conectará a Rusia hasta Alemania a partir de 2020. Una obra que a Trump le amarga la fiesta…